

Transcripción: *Las primeras víctimas de Hitler*

El historiador Timothy Ryback explica cómo, en 1933, cuatro presos políticos judíos reclusos en el campo de concentración de Dachau se convirtieron en algunas de las primeras víctimas de Hitler y los nazis.

[MÚSICA SONANDO]

La noche del 27 de febrero de 1933, el Reichstag alemán, símbolo del proceso democrático parlamentario de Alemania, prende en llamas a causa de un incendio provocado. Fue traumático. Nadie sabía qué había ocurrido en realidad.

[MÚSICA SONANDO]

Pero los nazis aprovecharon esta situación para aplicar decretos de emergencia que suspendieron todos los derechos civiles fundamentales.

Tras el incendio del Reichstag y de las amenazas por parte de la derecha y de la izquierda, nadie sabía qué iba a pasar después, y el alemán promedio estaba dispuesto a sacrificar las libertades civiles en aras de la seguridad nacional.

Los nazis aprovechan la ocasión para empezar a hostigar a la oposición política. En Baviera hostigaron a 10,000 personas. De repente, las prisiones están desbordadas. Las cárceles están llenas. Están utilizando las escuelas. Están utilizando instalaciones deportivas para retener a esta gente.

Se empieza a escuchar que el gobierno está sobrecargando el sistema; entonces, a finales de marzo, a las afueras de Dachau, encontraron una fábrica de municiones abandonada y empezaron a concentrarlos en ella.

[MÚSICA SONANDO]

Lo interesante es lo caótico que resulta todo. No se trata de una fábrica enorme con miles de personas. Lo más interesante es que en realidad no había parámetros legales para esto. Los nazis sencillamente habían empezado a recluir gente allí.

Al principio estaba bajo la protección de la policía estatal. Los guardias estaban allí. De repente, encuentran a toda esta gente que no ha sido acusada de ningún crimen.

Pues bien, la policía protestó abiertamente ante el gobierno estatal, diciendo que “se está utilizando a la policía estatal para una actividad que es ilegal, porque estamos deteniendo a gente sin orden de detención, sin cargos”. Aquí es donde Himmler juega un papel muy interesante.

[MÚSICA SONANDO]

Era el jefe de la policía política, pero también era jefe de las SS nazi, que eran las fuerzas privadas de seguridad de las SS (Escuadras de Protección). Lo que Himmler hizo fue ponerse su gorra de policía y decir: “OK, voy a retirar a la policía estatal de esta fábrica”. Luego se quitó el sombrero, se puso la gorra de las SS e intervino como un miembro de las SS.

La policía estatal se marcha el martes 11 de abril. Llegan las SS, 120 de ellas. Y así, de repente, tenemos a estos individuos que están completamente al margen de cualquier proceso legal.

Al día siguiente, poco después de las 5 de la tarde, en apenas 24 horas, cuatro detenidos son abatidos en un supuesto intento de fuga. Y aquí empieza la historia de Hartinger.

En abril de 1933, Josef Hartinger era fiscal adjunto de la gran jurisdicción bávara llamada Múnich II, una enorme zona rural alrededor de la ciudad de Múnich.

En la mañana del jueves 13 de abril suena el teléfono; era para avisar que habían disparado a cuatro detenidos que intentaban fugarse. Según la ley, él debe investigar cualquier muerte ocurrida por una causa no natural.

Así que llama al Dr. Flamm, que es su médico forense. Se suben a un automóvil y conducen 20 minutos hacia el norte, hasta la ciudad de Dachau. Llegan allí y Hartinger se sorprende un poco al ver que no hay policías cerca, pero sí SS.

Lo llevan a una zona aislada a las afueras del campo de concentración. Los cadáveres han sido retirados, contraviniendo el procedimiento. Hay sangre en el suelo y sigue húmeda. Entonces pidió ver los cuerpos.

Lo llevaron a un cobertizo de municiones que está aún más adentro del bosque. Y encuentra a estos jóvenes tirados en un suelo de cemento. El Dr. Flamm procede a realizar el examen forense de los cuerpos. Están plagados de balas. Pero lo más interesante es que hay una sola bala en la parte posterior de cada cabeza.

[MÚSICA SONANDO]

En el viaje de regreso, se siente muy consternado por esto, y dice: “¿Sabe?, este es el día antes del Viernes Santo y el fin de semana de Pascua, una fecha muy importante”. Es tan importante en Baviera que incluso los nazis han accedido a conceder una amnistía para que los detenidos puedan volver a casa el fin de semana de Pascua.

Así de importante es.

Entonces Hartinger dice: “¿Por qué cuatro hombres intentarían fugarse justo antes de este fin de semana de amnistía de Pascua?” Lo más relevante para él es que los cuatro eran judíos. Parece que fue el único en darse cuenta de esto.

Pero a la mañana siguiente, va a la oficina del fiscal general y dice: “Creo que los nazis están matando judíos en Dachau”. Su jefe, que es conservador, pero por supuesto no pro-nazi, dice: “Conozco a los nazis y ni siquiera ellos harían algo así”.

Para aumentar el carácter sorprendente de la situación en su conjunto, la semana siguiente vino un periodista de The New York Times para cubrir la noticia, y escribió un artículo en el que no mencionaba ni los nombres de los hombres asesinados ni que eran judíos.

El tipo pasó por alto esta parte de la historia. Pero encaja con esta idea de que lo que vemos como inevitable en ese momento era simplemente inimaginable.

Durante las siguientes seis semanas, hay una serie de asesinatos, y Hartinger no se da por vencido. Cada vez que se denuncia otro asesinato, aparece en la escena con el Dr. Flamm. Recopilan estas pruebas forenses y poco a poco van construyendo un caso.

Y Hartinger está allí. Se enfrenta a nazis todo el tiempo. Y él sabía... entendía los riesgos a los que se enfrentaba en ese momento.

Por desgracia, tras reunir cuidadosamente pruebas contra los abusos y encubrimientos de los nazis en el campo de concentración de Dachau, cuando Hartinger presentó acusaciones contra el comandante del campo de concentración y otros soldados, su jefe, el fiscal general, se negó a firmarlas, temiendo una represalia nazi.

Hartinger, en ese momento, podría haber dicho: “He hecho todo lo que debía hacer. He hecho mi trabajo”. Supongo que no podemos hacer nada. Hartinger vuelve a su oficina, redacta las acusaciones y las firma él mismo. Esa noche, cuando vuelve a casa, le dice a su esposa: “Acabo de firmar mi propia sentencia de muerte”.

Al día siguiente, Hartinger presentó las acusaciones. Sin embargo, sin que él lo supiera, Heinrich Himmler, entonces jefe de las SS, se había hecho cargo de todos los asuntos legales y administrativos relacionados con el campo de concentración. Así que las acusaciones llegaron directamente a su oficina.

Hartinger estaba completamente expuesto y esperaba lo peor. Pero ocurrió algo sorprendente. Los nazis habían estado matando gente con regularidad desde aquellas primeras cuatro víctimas de abril. El 1 de junio cesaron los asesinatos. De modo que, a finales de julio, los asesinatos en Dachau habían cesado; por supuesto Hartinger asumió que había salido victorioso de esa situación.

[MÚSICA SONANDO]

Lo que en realidad había hecho era tomar una llave legal y lanzarla a esa maquinaria asesina en Dachau. Hans Frank escribe, diciendo: "Soy el Ministro de Justicia de Baviera. En última instancia, voy a tener que rendir cuentas por esto. Me niego a tener la responsabilidad de lo que está pasando en ese campo de concentración".

Y básicamente se lavó las manos. Lo que finalmente sucedió es que estas acusaciones fueron literalmente guardadas en un cajón del escritorio del Gauleiter de Baviera, y permanecieron ahí durante los siguientes 12 años.

En la primavera de 1945, un oficial estadounidense recorre estos cuarteles nazis. Abren este escritorio y encuentran sus archivos de acusación, y estos se convierten en pruebas clave en el enjuiciamiento de los nazis en los Juicios de Núremberg.

[MÚSICA SONANDO]